

Amélie Nothomb

Viaje de invierno

Traducción de Sergi Pàmies



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
Le Voyage d'hiver
© Éditions Albin Michel
París, 2009

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
Ilustración: foto © The Image Bank / GettyImages

Primera edición: marzo 2011

© De la traducción, Sergi Pàmies, 2011
© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2011
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7557-4
Depósito Legal: B. 652-2011

Printed in Spain

Reinbook Impres, sl, Múrcia, 36
08830 Sant Boi de Llobregat

Cuando paso por el control de seguridad de los aeropuertos, me pongo nervioso, como todo el mundo. Nunca me ha ocurrido que el dichoso bip no se dispare. Por eso siempre me toca el premio completo, unas manos masculinas sobándome de pies a cabeza. Un día no pude evitar decirles: «¿De verdad creen que quiero hacer estallar el avión?»

Mala idea: me obligaron a desnudarme. Esta gente no tiene sentido del humor.

Hoy paso por el control de seguridad y me pongo nervioso. Sé que el dichoso bip va a dispararse y que las manos masculinas van a sobarme de pies a cabeza.

Pero esta vez sí voy a hacer estallar el avión de las 13.30.

Elegí un vuelo con salida de Roissy-Charles-de-Gaulle y no uno de Orly. Tenía buenas razones para hacerlo: el aeropuerto de Roissy es mucho más bonito y agradable, los destinos son más variados y lejanos, las tiendas libres de impuestos ofrecen mayores posibilidades. Pero la razón principal es que en los servicios de Orly hay mujeres de los lavabos.

El problema no es tener que pagarles. Siempre llevamos alguna moneda suelta en el bolsillo. Lo que no soporto es encontrarme con la persona que va a limpiar lo que deje tras de mí. Resulta humillante para ambos. No creo estar exagerando si afirmo que soy un hombre delicado.

Y hoy es probable que tenga que utilizar los servicios muchas veces. Es la primera vez que me dispongo a hacer estallar un avión. También será

la última, ya que formaré parte del pasaje. Por más que haya reflexionado sobre las soluciones más ventajosas para mí, no se me ha ocurrido ninguna. Cuando eres un simple ciudadano de a pie, un acto de estas características implica necesariamente el suicidio. A no ser que pertenezcas a una trama organizada, pero eso no va conmigo.

No tengo alma de colaborador. Carezco de espíritu de equipo. No tengo nada en contra de la especie humana, siento inclinaciones por la amistad y el amor, pero sólo concibo la acción en solitario. ¿Cómo vas a lograr grandes cosas con alguien entrometiéndose constantemente? Hay ocasiones en las que sólo debes contar contigo mismo.

No se puede calificar de puntual a quien llega demasiado pronto. Pertenezco a esta especie: me da tanto miedo llegar tarde que, invariablemente, llevo un adelanto considerable.

Hoy he pulverizado mi propio récord: en el momento de presentarme en el mostrador de facturación, son las 8.30. La empleada me ofrece una plaza para el avión anterior. La rechazo.

Cinco horas de espera no serán demasiadas, ya que me he traído esta libreta y este bolígrafo.

Yo, que hasta los cuarenta había logrado no caer en la deshonra de la escritura, ahora descubro que la actividad criminal lleva implícita la necesidad de escribir. No es grave porque, en el momento en que se produzca la explosión aérea, mis garabatos estallarán conmigo. No tendré que rebajarme a proponerle a un editor que lea mi manuscrito, ni a pedirle su opinión con una expresión de falso desinterés.

Al pasar por el control de seguridad, el bip se ha disparado. Por primera vez, me he reído. Tal y como estaba previsto, unas manos masculinas me han sobado de pies a cabeza. Mi hilaridad les ha parecido sospechosa, les he dicho que soy muy sensible a las cosquillas. Mientras sometían el contenido de mi bolsa a un minucioso examen, me he mordido el interior de las mejillas para no seguir riéndome. Aún no tenía lo que iba a servirme para cometer el crimen. Luego, en la tienda libre de impuestos, he comprado el material.

Ahora son las 9.30. Dispongo de cuatro horas para saciar esta curiosa necesidad: escribir lo que no tendrá la oportunidad de ser leído. Dicen que, en el momento de morir, ves desfilar tu vida entera en un solo segundo. Pronto sabré si es verdad.

La perspectiva me atrae, por nada del mundo me perdería los grandes éxitos de mi propia historia. Si escribo quizá sea para preparar el trabajo del montador que seleccionará las imágenes: recordarle los mejores momentos, sugerirle que mantenga ocultos los que menos me habrán importado.

Si escribo, también es por miedo a que esta fulgurante película no exista. No hay que descartar que sea un camelo y que uno se muera sin más, estúpidamente, sin ver nada de nada. La idea de verme reducido a la nada sin ese trance recapitulativo, me llenaría de desolación. Por si acaso, pues, intentaré, a través de la escritura, regalarme a mí mismo este videoclip.

Esto me recuerda a mi sobrina Alicia, de catorce años. Desde que nació, la criatura ha estado viendo la cadena MTV. Una vez le dije que, si se moría, vería desfilar un videoclip que empezaría con Take That y acabaría con Coldplay. Ella sonrió. Su madre me preguntó por qué era tan agresivo con su hija. Si pinchar a una adolescente equivale a ser agresivo, ni siquiera me atrevo a imaginar qué expresión utilizará mi cuñada cuando se entere de mi papel en el caso del Boeing 747.

Por supuesto que pienso en ello. Los atentados sólo existen por el qué dirán y los medios

de comunicación, ese cotilleo a escala planetaria. Uno no secuestra un avión para divertirse sino para salir en portada. Si se suprimieran los medios de comunicación, todos los terroristas se quedarían en el paro. Aunque no caerá esa breva.

Pienso que a partir de las 14 horas, digamos que a las 14.30, teniendo en cuenta los sempiternos retrasos, mis representantes se llamarán CNN, AFP, etc. Ya me imagino la cara de mi cuñada viendo el telediario esta noche: «¡Ya te decía yo que tu hermano era un enfermo!» Y a mucha honra. Gracias a mí, Alicia podrá ver otra cadena distinta a la MTV por primera vez en su vida. Y aun así me lo reprocharán.

No resulta del todo absurdo que, desde ya, me conceda a mí mismo la satisfacción de imaginar la escena: no estaré presente para saborear la indignación que habré provocado. Para poder apreciar en vida una reputación póstuma, nada mejor que anticiparla por escrito.

Las reacciones de mis padres: «Siempre supe que mi segundo hijo era especial. Lo heredó de mí», dirá mi padre, mientras mi madre se inventará recuerdos auténticos prefigurando mi destino: «A los ocho años ya construía aviones con piezas de Lego y los estrellaba contra su rancho en miniatura.»

En cuanto a mi hermana, contará con ternura recuerdos reales cuya relación con el caso será inútil buscar: «Antes de comerlos, siempre se quedaba mirando los bombones durante largo rato.»

Si su mujer le deja hablar, mi hermano dirá que, con el nombre que llevaba, era de esperar. Y semejante aberración no carecerá de fundamento.

Cuando estaba en el vientre de mi madre, mis padres, convencidos de que sería una niña, me habían bautizado Zoé. «¡Un nombre tan hermoso y que significa vida!», proclamaban. «Y que rima con tu nombre», le decían a Chloé, entusiasmada con su futura hermanita. Se sentían tan colmados por el serio Éric, el mayor, que un segundo hijo les parecía superfluo. Zoé sólo podía ser la repetición de la exquisita Chloé, la misma pero en pequeño.

Nací con un desmentido entre las piernas. Se resignaron a ello con humor. Pero les gustaba tanto el nombre de Zoé que, a cualquier precio, buscaron un equivalente masculino: en una vetusta enciclopedia, encontraron Zoilo y me lo asignaron sin siquiera interesarse por el significado de lo que me condenaba a ser un hápax.

Me aprendí de memoria las seis líneas dedicadas a Zoilo en el *Diccionario de nombres propios*:

«Zoilo (en griego, Zôilos). Sofista griego (Anfípolis o Éfeso, c. siglo IV). Famoso sobre todo por su crítica apasionada y mezquina contra Homero, se le apodó “Homeromastix” (el azote de Homero). Era, se dice, el título de su obra, en la que, en nombre del buen sentido, intentaba demostrar lo absurdo del imaginario homérico.»

Al parecer, aquel nombre se había introducido en la lengua corriente. Así, Goethe era lo suficientemente consciente de su genio para calificar de Zoiloi a los críticos que lo vilipendiaban.

En una enciclopedia de filología, incluso me enteré de que Zoilo habría muerto lapidado por una masa de buena gente asqueada por sus opiniones sobre la *Odisea*. Época heroica ésa en la que los amantes de una obra literaria no dudaban en cargarse a un crítico infumable.

En resumen, Zoilo era un cretino odioso y ridículo. Eso explicaría que nadie hubiera bautizado jamás a su hijo con aquel nombre de extraña sonoridad. Salvo mis padres, claro.

A los doce años, al descubrir mi funesta homonimia, fui a pedirle explicaciones a mi padre, que salió al paso con «nadie lo sabe». Mi madre llegó un poco más lejos:

–¡No hagas caso de esas habladurías!

–Mamá, ¡lo dice el diccionario!

–Si tuviéramos que creernos todo lo que dice el diccionario...

–¡Tenemos! –le dije con un tono de Comendador.

Inmediatamente, optó por un argumento todavía más retorcido y desafortunado:

–No le faltaba razón, no me negarás que hay momentos de la *Iliada* que se hacen un poco pesados.

Imposible hacerle confesar que no la había leído.

Puestos a ponerme el nombre de un sofista, no habría tenido nada en contra de Gorgias, Protágoras o Zenón, cuyas inteligencias siguen intrigando todavía hoy. Pero llamarse igual que el más estúpido y despreciable de ellos no me predisponía precisamente a un brillante porvenir.